

**HOMILIA EN LA MISA Y TEDEUM DE ACCIÓN DE GRACIAS POR UN NUEVO
ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.
CATEDRAL DE SAN BERNARDO**

16 DE SEPTIEMBRE DE 2021

**+Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo**

Queridos hermanos y hermanas, autoridades civiles, militares, de Bomberos, de las corporaciones de beneficencia y organizaciones ciudadanas de nuestra comuna y diócesis, hijos todos de esta tierra chilena. Un saludo particular hoy a quienes han estado en la primera línea de la lucha contra la epidemia, los trabajadores de la salud y a los miembros de las instituciones armadas que han contribuido al orden y superación de las actuales dificultades.

Sentido de una ceremonia histórica

Siguiendo el ejemplo que nos legara el Libertador Bernardo O'Higgins y el General don José Miguel Carrera, nos reunimos bajo la bóveda de esta Iglesia Catedral para rendir el justo homenaje de agradecimiento al Padre de los Cielos, por la patria que nos ha dado, la vida de nuestro pueblo y los bienes inmensos que hacer llegar a nosotros en su bondadosa misericordia. Nuestra ciudad cumplió este año 200 años desde su fundación. Somos los herederos de esta decisión del Padre de la Patria y por ello rendimos junto homenaje a Don Domingo Eyzaguirre y Arechavala, cuyos restos reposan en la cripta de nuestra Catedral, en medio de los Llanos de Lepe, que el transformo en nuestra casa y ciudad.

Hoy, ceden ante este justo homenaje todas las divisiones, porque volvemos los ojos hacia aquello que es común a todos, la nación y la patria que se nos ha sido legada y que nosotros administramos. La casa común, donde todos debemos ser hermanos y donde el amor mutuo, la solidaridad y el respeto por los valores perennes y la historia común, hace hincharse el corazón para levantarlo agradecido al Padre Común, A Dios nuestro Señor.

Estas palabras de Jesús en el Evangelio son muy apropiadas para el momento presente y la época de la historia que estamos viviendo. Construir la casa común es una obra de todos y para el servicio de todos. Es el lugar del cobijo, donde nos recogemos para compartir con los nuestros, para vivir la vida familiar, procurar la educación de los jóvenes y hacer nacer las virtudes y costumbres familiares, que son el soporte de la amistad cívica. Esa casa común, que con tanta fuerza han descrito autores de todos los tiempos, es Chile, la tierra amada de los grandes fundadores de nuestra nacionalidad. Es el lugar donde la diversidad, que es connatural a la vida humana y a la sociedad, se

hace unidad, porque todos reconocemos como común y propia y todos le debemos respeto y cuidado.

La casa común, que está formada por vigas firmes y bien trabadas, con grandes ventanales que son como los ojos por los que miramos a los otros y a través de los cuales otros nos miran. La casa común que con sus puertas bien franqueadas nos salvaguardan del mal y de los peligros que siempre acechan a cualquier sociedad. La casa común, capaz de resistir las avenidas y aguaceros que algunas veces quieren anegar los sentimientos más nobles de sus habitantes. La casa común cuyos cimientos están hundidos en la roca de una historia con aciertos y errores, pero nuestra propia historia. La casa firme y bien arrimada, que ya por cientos de años ha cobijado a la nación chilena, en todas sus pluralidades y variedades, porque todas ellas forman la base firme de sus fundamentos.

De mar a cordillera, de norte a sur es Chile de gran longura, de las tierras áridas hasta los eternos hielos de la Antártica famosa y *“cuya gente es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida”*.

Mirar nuestra historia, necesidad para un mejor futuro

Detengámonos un momento en nuestra historia singular y demos lugar a preguntas que cada uno en su interior puede responder. ¿Es la nuestra una casa común? ¿Hay en esta tierra nuestra un lugar para cada uno y cada uno tiene su lugar? ¿La hemos mantenida indivisa en sus elementos centrales, en sus fundamentos heroicos, en sus hombres y mujeres ancestrales, en los idearios que nos dejaron los padres fundadores?

Un cierto temor recorre hoy nuestro Chile, una división y decaimiento que incluso los hombres lejanos a la fe ya advirtieron hace más de cien años hoy se hacen presente. Las antiguas virtudes se han trocado muchas veces en irrisorias, las gestas heroicas que le dieron su lugar entre las naciones libres poco a poco son olvidadas, el aprecio y el amor al prójimo, al coterráneo y al que viene “buscando asilo contra la opresión” se están desvaneciendo. Mas allá de las contingencias del momento, en las cuales cada ciudadano tiene sus opiniones y preferencias, lo que es propio de una nación de ciudadanos libres, hemos de reconocer con humildad que esta intranquilidad recorre las calles de nuestras ciudades y campos, con violencias inusitadas, que hieren el cuerpo y el alma de Chile. Y mueren hermanos y hermanas nuestras, otros son heridos y tantos viven asustados. ¿Quién de nosotros no experimenta temor ante el creciente de la delincuencia? Pero sabemos que, si las dificultades se enfrentan en común, la soluciones siempre benefician a todos.

Las riquezas, para ahora y para los chilenos del futuro.

La casa común, con sus riquezas naturales a flor de piel o metidas en las profundidades de la roca andina, muchas veces no ha sido respetada y nosotros mismos

la hemos degradado, haciendo de los bienes comunes objeto de nuestra codicia. ¿Cómo establecer un sistema de desarrollo que nos permita aprovechar esas enormes riquezas y al mismo tiempo preservarlas para las futuras generaciones? Son preguntas para todos, pero especialmente para quienes están puestos en el gobierno del país, en sus diversas instancias.

El desarrollo económico, en armonía con el social y político.

Es verdad que al recorrer la historia del desarrollo social y económico de Chile, muchos progresos pueden anotarse, pero también por el camino han quedado hermanas y hermanos tirados, que acercan sus manos pidiendo ayuda y muchas veces encuentran en los afortunados el auxilio y la acogida, pero otras tantas la indiferencia y la lejanía. Todos sabemos que, en los últimos años, por razones multicausales, que no es el momento de detallar aquí, han aumentado las familias en situaciones de pobreza, llegando a más de 80.000, que han aumentado los campamentos de miseria, alcanzando a más de 800. Aquí mismo en nuestra tierra, hemos visto el proceso de su desaparición y luego de su triste resurgir.

“La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la *lógica mercantil*. Debe estar *ordenada a la consecución del bien común*, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios. La Iglesia sostiene siempre que la actividad económica no debe considerarse antisocial. Por eso, el mercado no es ni debe convertirse en el ámbito donde el más fuerte avasalle al más débil. La sociedad no debe protegerse del mercado, pensando que su desarrollo comporta *ipso facto* la muerte de las relaciones auténticamente humanas. Es verdad que el mercado puede orientarse en sentido negativo, pero no por su propia naturaleza, sino por una cierta ideología que lo guía en este sentido. No se debe olvidar que el mercado no existe en su estado puro, se adapta a las configuraciones culturales que lo concretan y condicionan. En efecto, la economía y las finanzas, al ser instrumentos, pueden ser mal utilizados cuando quien los gestiona tiene sólo referencias egoístas. De esta forma, se puede llegar a transformar medios de por sí buenos en perniciosos. Lo que produce estas consecuencias es la razón oscurecida del hombre, no el medio en cuanto tal. Por eso, no se deben hacer reproches al medio o instrumento sino al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social”.(Caritas in Veritatis, 36)

Un país que acoge y protege

Han llegado a nuestras puertas miles y miles de hombres, mujeres y niños, pidiendo un lugar donde trabajar, vivir honestamente y muchas veces los miramos con lejanía, como si se tratara de quienes vienen a quitarnos lo nuestro, olvidando que también, en otras épocas nosotros fuimos extranjeros en tierras ajenas y con el paso del

tiempo, nos acogimos a este árbol maduro que es la patria chilena. Es necesario reaccionar con fuerza ante cualquier visión xenofoba, contraria a los fundamentos cristianos de nuestra nación. El momento presente exige un nuevo esfuerzo por acoger al que viene de sufrir, de ser perseguido y maltratado.

(Las migraciones son “un fenómeno que impresiona por sus grandes dimensiones, por los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que suscita, y por los dramáticos desafíos que plantea a las comunidades nacionales y a la comunidad internacional. Podemos decir que estamos ante un fenómeno social que marca época, que requiere una fuerte y clarividente política de cooperación internacional para afrontarlo debidamente. Esta política hay que desarrollarla partiendo de una estrecha colaboración entre los países de procedencia y de destino de los emigrantes; ha de ir acompañada de adecuadas normativas internacionales capaces de armonizar los diversos ordenamientos legislativos, con vistas a salvaguardar las exigencias y los derechos de las personas y de las familias emigrantes, así como las de las sociedades de destino. (...) Todos podemos ver el sufrimiento, el disgusto y las aspiraciones que conllevan los flujos migratorios. Como es sabido, es un fenómeno complejo de gestionar; sin embargo, está comprobado que los trabajadores extranjeros, no obstante, las dificultades inherentes a su integración, contribuyen de manera significativa con su trabajo al desarrollo económico del país que los acoge, así como a su país de origen a través de las remesas de dinero. Obviamente, estos trabajadores no pueden ser considerados como una mercancía o una mera fuerza laboral. Por tanto, no deben ser tratados como cualquier otro factor de producción. Todo emigrante es una persona humana que, en cuanto tal, posee derechos fundamentales inalienables que han de ser respetados por todos y en cualquier situación” (Caritas in veritate, 62).

La realidad de las diversas culturas en la unidad.

Miremos nuestra realidad diversa de los pueblos y gentes que habitamos este Chile amado. Descubramos que es posible hacer un camino de unidad en la diversidad, sin antagonismos dialécticos que nos oponen unos a otros, como reclamando para uno lo que es de todos. Son años por decenas los que se cuentan de convivencia común, de compartir y vivir una fraternidad que solo puede fundarse en que tenemos un Padre común, que es Dios. Si lo olvidamos, -si ponemos a Dios entre paréntesis- y lo dejamos fuera de nuestro juego, si organizamos la vida comunitaria sin su presencia amorosa, entonces el resultado es la discordia y la oposición, la disensión que destruye la unidad de la Patria. Ese por desgracia, parece que es el camino que algunos quisieran seguir. Pero la ruta verdadera es otra y muy diversa.

Como enseña el Papa Francisco “desde nuestras raíces nos sentamos a la mesa común, lugar de conversación y de esperanzas compartidas. De ese modo la diferencia, que puede ser una bandera o una frontera, se transforma en un puente. La identidad y el diálogo no son enemigos. La propia identidad cultural se arraiga y se enriquece en el diálogo con los diferentes y la auténtica preservación no es un aislamiento empobrecedor. De ahí que no sea mi intención proponer un indigenismo

completamente cerrado, ahistórico, estático, que se niegue a toda forma de mestizaje. Una cultura puede volverse estéril cuando «se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre». Esto podría parecer poco realista, ya que no es fácil protegerse de la invasión cultural. Por ello, este interés en cuidar los valores culturales de los grupos indígenas debería ser de todos, porque su riqueza es también nuestra. Si no crecemos en este sentido de corresponsabilidad ante la diversidad que hermosa nuestra humanidad, no cabe exigir a los grupos de selva adentro que se abran ingenuamente a la “civilización”. (Querida Amazonia, 37). Una vez más, en esta materia tan decisiva, no pueden darse lugar a dialécticas destructoras, que contraponen las naciones y cultura originarias, con las que llegaron más tarde y juntas formaron la rica trama de lo que hoy conocemos como nación chilena.

La libertad religiosa: la más esencial de las libertades,

“Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre, y, por tanto, enaltecidos por la responsabilidad personal, tienen la obligación moral de buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad. Pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su propia naturaleza si no gozan de libertad psicológica al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa. Por consiguiente, el derecho a la libertad religiosa no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su misma naturaleza. Por lo cual, el derecho a esta inmunidad permanece también en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella; y su ejercicio no puede ser impedido con tal que se guarde el justo orden público”. (DH, 2)

Chile ha gozado de este don desde siempre y en el desarrollo de la cultura propia de nuestra nación, hemos consagrado la libertad religiosa como uno de los baluartes de la dignidad humana. Ahora, cuando nuevamente se revisan los derechos fundamentales de los ciudadanos, no solo debe preservarse esta libertad esencial, sino que debe ampliarse y protegerse, porque es uno de los valores sociales y culturales que son el cimiento de una auténtica democracia. Todas las expresiones legítimas de la relación del hombre con el Creador, todas las religiones que son conforme a la dignidad de las personas han de encontrar en el nuevo texto constitucional un lugar adecuado y diría destacado.

Renovación y sentido de la política, el aporte de la Iglesia

No deja de oírse aquella expresión de que es necesario un cambio en la política, en quienes tienen este noble servicio. Es un reclamo de aquí y allá, de fuera y de dentro de nuestras fronteras. Todos sabemos que “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín: *«Remota itaque iustitia*

quid sunt regna nisi magna latrocinia?. Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. *Mt 22, 21*), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales. El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca.

“La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente”. (DC, 28)

“En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica”.

(...) La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien. (Ibidem).

Queridos hermanas y hermanos

Una razón de nuestra firme esperanza consiste en que el deseo de Dios: la búsqueda de Dios está profundamente inscrita en cada persona humana y no puede desaparecer, antes o después lo buscamos, especialmente cuando vivimos desgracias y temores como los que el país está pasando con ocasión de la pandemia. Ciertamente, algunos por un tiempo, pueden olvidar

a Dios, dejarlo a un lado o quizá arrinconarlo en el fondo de su conciencia para ocuparse de otras cosas; pero Dios nunca desaparece.

Es verdad que la duda se ha apoderado del pensamiento occidental. No hay quienes hayan escapado de este sentimiento, los intelectuales, los políticos, los empresarios, hombres y mujeres de la calle y también la misma Iglesia y sus ministros y fieles, tienen la misma impresión de colapso. Ante el colapso de la solidaridad y la desintegración de identidades, algunos vuelven a mirar a la Iglesia católica. En la base de una civilización solo puede haber una realidad que la supere: la estabilidad de un Dios Padre que siempre está con nosotros, que nos ha enviado a su hijo para que viviera con nosotros, y nos dio una Madre que, al hacerse la mamá de Cristo, se hizo también nuestra madre, por la filiación que nos une a su hijo.

Como escribió con realismo un pensador del siglo pasado: “La naturaleza de una civilización es lo que se concentra en torno a una religión. Nuestra civilización es incapaz de construir un templo o una tumba. O encuentra sus valores fundacionales, o caerá”. “Un mundo completamente profano se convierte en una vasta extensión de arenas movedizas. Todo está tristemente abierto a los vientos de lo arbitrario». La Iglesia no tiene otra realidad sagrada que ofrecer que la persona y las enseñanzas de Jesús, Dios hecho hombre. Su única finalidad es hacer posible el encuentro de los hombres con la persona de Jesús. La doctrina moral y dogmática, así como la herencia mística y litúrgica, son el medio de este encuentro sagrado y fundamental. De este encuentro nació la civilización cristiana” y de él también vive la Patria chilena.

Pidamos a Nuestra Madre la Virgen del Carmen, ser fieles a los fundamentos esenciales de la Patria chilena, que todos amamos.